

The book cover features a vibrant red background. On the left, a woman with long, straight black hair is shown in profile, facing left. She wears a golden crown with three ornate peaks. Her right arm is visible, adorned with a black and white geometric tattoo. On the right side, the profile of a man's face is partially visible, looking towards the woman. The title is printed in large, bold, sans-serif letters, with the author's name in a smaller font below it.

**ROLAND
TOPOR**
**ACOSTARSE
CON LA
REINA
Y OTRAS
DELICIAS**

Ilustraciones:

PAT ANDREA

Topor es, sobre todo, un transgresor de las convenciones: un provocador. En sus escenarios artísticos –literario, pictórico–, el equívoco y el absurdo juegan, con absoluta libertad, los papeles centrales. El surrealismo francés y el componente grotesco de raigambre judeopolaca marcan su arte y su biografía.

Los cuentos de este libro son de índole diversa (fábula, ciencia ficción, microrrelato, narración histórica...). En todos, el envés de lo cotidiano irrumpe desde las sombras para morder la silueta de la luz. A través del humor negro, lo visceral invade el cuerpo –siempre cortado, punzado, mutilado– y perfora, sin piedad ni concesiones, la comodidad y tranquilidad tanto de sus personajes como del lector para resaltar las hendiduras de una realidad siempre ambigua. «Érase una vez un niño pequeño que, cuando sus padres le preguntaban qué le gustaría ser de mayor, respondía de forma invariable: “Cuando sea grande, me acostaré con la reina”».

Pat Andrea redobla la apuesta con ilustraciones habitadas por una osada impudicia que transgrede las buenas costumbres en aras de la mejor: la libertad artística.

PRÓLOGO: TOPOR, UN COLLAR DE PESADILLAS

Dibujante, escritor, humorista y artista polifacético, Roland Topor (1938-1997) nació en París, aunque vivió su infancia en Saboya, donde –junto con sus padres, de origen polaco– pasó la guerra escondido de los nazis. En 1962 fundó el Movimiento Pánico junto con Fernando Arrabal y Alejandro Jodorowsky, entre otros. Derivación del surrealismo, el dadaísmo, la patafísica y el teatro de la crueldad de Antonin Artaud, el nombre del movimiento remite al dios Pan. Este dios griego, caracterizado por una peculiar mezcla de desenfreno sexual, terror y risa, suscita frenesí, desarreglos en la personalidad y, en última instancia, el miedo pánico; y bajo su advocación se pusieron los artistas del grupo en su pretensión de simultanear el horror y el humor.

De intereses múltiples, Topor trabajó en la revista satírica *Hara-Kiri*, epítome del humor negro y cruel. Como dibujante, realizó numerosas exposiciones y publicó más de una decena de libros. Escribió canciones, obras de teatro y participó en proyectos cinematográficos como director, guionista (la cinta de animación *El planeta salvaje* obtuvo el Premio Especial del Jurado de Cannes en 1973) o actor secundario (en *Sweet movie* de Dusan Makavejev, *Nosferatu* de Werner Herzog y *El amor de Swann* de Volker Schlöndorff). Su carrera cinematográfica también incluyó la realización de carteles para las versiones francesas de *El tambor de hojalata* de Schlöndorff y *El imperio de los sen-*

tidos de Nagisa Oshima. Asimismo, escribió un buen número de novelas y recopilaciones de cuentos. Su novela más famosa es *El quimérico inquilino*, llevada al cine e interpretada por Roman Polanski. Murió de un aneurisma antes de cumplir los sesenta años y está enterrado en el cementerio parisino de Montparnasse.

Los relatos de esta edición constituyen una buena muestra del humor toporiano. En ellos asistimos –a través del prisma de un humor corrosivo y descamado– a la irrupción en lo cotidiano del caos, la confusión y la crudeza, con los consiguientes efectos desestabilizadores sobre la identidad y el individuo. Sus cuentos, intensos promotores de desasosiego, acaban formando una colección de perlas pesadillescas.

Uno de los procedimientos mediante los cuales Topor consigue esa desestabilización es la desautomatización del lenguaje; con ella desmonta expresiones figuradas o toma en sentido literal frases hechas o que constituyen referentes culturales. Así, el cliché lingüístico o la referencia cultural son utilizados muchas veces como punto de partida para la ficción, como pie que nos hace perder pie en nuestra incuestionada monotonía cotidiana. Y de esa deconstrucción nace el relato que nos sumerge en una realidad perturbadora.

Algunos ejemplos servirán para ilustrar ese mecanismo de creación literaria y, al mismo tiempo, ofrecerán algunas claves en los casos menos evidentes para el lector no francófono. En el primer relato («En Suisse», en el original), Topor inventa «en Suiza» una historia donde los alpinistas actúan «a escondidas» («como suizos» o «a la suiza», literalmente en francés). En «La clase en el abismo», utiliza de un modo vitriólico un manual para la enseñanza del francés de finales del XIX, *Causeries avec mes élèves* («Charlas con mis alumnos») de Lambert Sauveur (literalmente, «Salvador»), basado en el «método interrogativo» y que contiene el ejemplo de la fábula moral de La Fontaine «El an-

ciano y los tres jóvenes» con toda la batería de preguntas. El cuento también contiene una alusión a una célebre soprano vienesa, Pauline Lucca. «Los enigmas de la historia», más enigmáticos aún para un lector no francés, distorsiona la frase «Un quart d'heure avant sa mort, il était encore en vie» («Un cuarto de hora antes de su muerte aún estaba con vida»), que a su vez es distorsión de una frase referida en origen al señor de La Palice, un mariscal de Francia muerto en la batalla de Pavía (1525) cuyo nombre se utiliza en francés de un modo similar al de Pero Grullo en castellano. «De mano en mano» («La main passe») puede tener como desencadenante una expresión de los juegos de naipes y quizá contenga una alusión al título de una obra de teatro de Georges Feydeau. «Acostarse con la reina» («Baiser la reine») sabotea el nombre de una jugada del *bridge*, «le baiser à la reine» («el beso a la reina»), que también puede ser al rey o a otra carta. En francés, la simple eliminación de un artículo y una preposición convierte el sustantivo en verbo y el ósculo en cópula. «La justicia persiguiendo al crimen» parece tomar como punto de partida el título de un cuadro de 1808 del pintor prerromántico Pierre-Paul Prud'hon que se conserva en el Louvre.

Roland Topor, en cualquiera de sus variadas facetas (pintor, dibujante, actor, escritor, cineasta...), hizo gala de su apellido, puesto que *topór* significa «hacha» en polaco. En estos relatos cortos –y alguno tan corto que solo tiene una frase– pone de manifiesto su dominio de los recursos narrativos. En un espacio muy limitado, es capaz de inflar una burbuja de ficción que estalla apenas inflada tras habernos mostrado unos reflejos inquietantes en los que la risa se mezcla con el rictus, lo familiar con lo siniestro, lo repulsivo con el revulsivo.

Ya fuera su humor escatológico, brutal o cruel, siempre defendió a ultranza la libertad de expresión. En momentos en los que se debate sobre los límites del humor, quizá no

sea baldío recordar y releer a un Topor defensor de la figura del humorista como una especie de tábano molesto y fastidioso, una figura necesaria para sacudir las conciencias adormecidas o aletargadas. Una posición crítica que queda muy bien plasmada gráficamente en el poderoso cartel realizado en 1977 para Amnistía Internacional en defensa de la libertad de palabra.

Juan Gabriel López Guix



A ESCONDIDAS

–¡Mi pierna!... ¡Ya no la siento!

Phil se encarnizaba con su pierna. Agarraba con fuerza la carne por encima del pantalón y la apretaba con furia. Se pellizcaba frenéticamente desde el muslo hasta la pantorrilla y, al final, se daba unos violentos puñetazos en la rodilla.

Sus amigos intentaron disuadirlo.

–¡Bueno, es normal! –dijo Georges–. A todos nos pasa lo mismo. Mira...

Para mostrarse del todo convincente, Georges le propinó una fuerte patada en la tibia a Henri. Este no pudo contener un aullido de dolor que arrancó lágrimas de desesperación a Phil.

–¿Lo veis? Solo lo decís para que lo crea.

Henri intentó forzar una sonrisa.

–Es que me ha dado a la vez un calambre en la barriga. De la patada ni me he dado cuenta. Mira, toma, Georges. Ahora tú, Georges.

Georges gimió, pero logró ahogar su grito apretando los dientes.

Phil empezó a animarse.

–¿Es verdad? ¿No te ha dolido, Georges? Vamos, dale otra vez, Henri.

Georges dio un respingo.

–¡Ah, no! ¡Nada de eso! Es mejor decirle la verdad de una vez por todas. Ya está bien. Phil, tienes que ser fuerte. No te lo queríamos decir, pero ya que insistes, tienes que saberlo. Sí, se te ha congelado la pierna. Es un golpe duro,

lo sé, pero no te preocupes, no hay rastro de gangrena. Nada está perdido, te sacaremos de aquí. Sin esa maldita cuerda...

Sin embargo, Phil ya no escuchaba.

Lloraba sofocadamente sin dejar de toquetearse la pierna. Henri apartó la cara, muy afectado.

A la mañana siguiente, la pierna de Phil se había vuelto azul. Sacrificaron una manta para envolverla.

—Si lográramos alcanzar aquella pequeña cornisa que se ve ahí, podríamos encender un fuego —dijo Georges—. Hay algunos árboles con ramas bajas. Todavía conservo mi caja de cerillas.

—¡Fuego... fuego, por compasión! —gimió Phil.

—Dentro de un rato encenderemos un buen fuego, un buen fuego bien caliente y te... ¡Cuidado, Georges!

Demasiado tarde. Phil se apoderó de la caja de cerillas que Georges sostenía con toda confianza.

La agarró ávidamente y, antes de que los otros dos pudieran esbozar el mínimo gesto, encendió un fósforo que se acercó a la cara con una repugnante expresión de alegría animal.

—¡Calor... calorcito, bien calentito! —balbuceó babeando.

Con dedos temblorosos se dispuso a encender otro. No le dio tiempo. Henri lo dejó seco de una patada en la barbilla y luego se agachó para recuperar la valiosa cajita. Los crampones quedaron marcados en rojo sobre la cara de Phil.

—¡En marcha!

Levantaron al herido y se encaminaron hacia la cornisa. A cada paso resbalaban sobre la nieve endurecida y caían pesadamente. En cuanto a Phil, se escurría y deslizaba de las manos como un saco de trapo. Para que no se les fuera pendiente abajo, tenían que sujetarlo todo el tiempo, pero sobre todo, evitar que les arrastrara. Al final consiguieron llegar a la cornisa. Demasiado cansados para pronun-

ciar una sola palabra, se dejaron caer sobre el suelo helado y allí permanecieron sin moverse.

Un alarmante picor en los miembros inferiores les devolvió la fuerza para levantarse. A Henri y a Georges, al menos.

Rompieron trabajosamente algunas ramas bajas. No tardaron en tener con qué hacer una pequeña hoguera. Encenderla resultó una tarea complicada pero posible. Algunos instantes más tarde, los hizo toser el humo acre de la madera húmeda. De todos modos, era de lo más agradable.

—Hay que avivar el fuego para que no se apague.

Phil fue el encargado de vigilarlo mientras los otros dos iban en busca de leña.

Volvió la esperanza. Seguro que los equipos de socorro no tardarían en llegar. Lo importante era resistir.

Dos días más tarde, vieron un helicóptero que volaba muy alto en el cielo, al norte. Agitaron los brazos, gritaron, corrieron. No sirvió de nada. El helicóptero dio vueltas toda la mañana sin verlos.

Hubo muchos más. Incluso, muy lejos hacia el este, distinguieron una columna de socorro. El viento soplaba hacia el oeste. Los gritos de los tres hombres no fueron oídos.

El principal problema era el hambre. Habían hecho durar todo lo posible las rebanadas de pan con mantequilla que les habían dado en el chalet. Perteneían ya al pasado. Era necesario encontrar otra cosa.

—Vamos a morir de hambre —se lamentaba Henri—, a morir de hambre como perros, sin siquiera un hueso para llevarnos a la boca.

Phil estaba un poco mejor. Seguía sin sentir la pierna, pero al menos se portaba decentemente.

—¿No podríamos intentar encontrar unas bayas? —propuso con tono serio.

Los otros no se dignaron contestar. Al cabo de dos días, estaban tan débiles que no podían arrastrarse hasta los árboles para reponer la provisión de combustible.

La idea se le ocurrió a Henri. Una noche despertó a Georges y le estuvo hablando un buen rato al oído. Georges se sobresaltó.

—¡Oh! No pensarás...

Henri se acaloró.

—¿Por qué? ¿Por qué no iría a pensarlo, eh? ¿Acaso te lo impiden tus principios morales? ¿Prefieres morirte sin luchar? ¿Haríamos algo malo? De todos modos, ya no tiene remedio, lo sabes igual que yo. Podríamos echarlo a suertes, pero como él no la siente, más vale que sea la suya.

—¿Y si... y si sintiera algo?

—¡Qué va! Déjame a mí.

Henri se arrastró hasta Phil, que estaba dormido. Con mil precauciones, apartó la manta, subió el pantalón. Pellizcó la pantorrilla congelada. Phil ni se inmutó. Henri abrió su navaja suiza de seis hojas. Georges cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, Henri tenía una buena porción de pantorrilla en la mano izquierda. Con la derecha, limpió la navaja, la cerró y se la volvió a meter en el bolsillo. Colocado el pantalón en su sitio, puesta de nuevo la manta, Henri regresó junto a Georges sopesando el trozo de carne.

—Vamos a cocinarla, estará buena. No le ha dolido nada.

El agradable olor del asado despertó a Phil.

—Eh, muchachos, ¿estoy soñando o qué? ¿De dónde habéis sacado esa carne?

—Ha sido Henri, que ha matado un animalucho lanzándole el cuchillo. Por casualidad, ha conseguido clavárselo. Qué suerte, ¿verdad? A lo mejor tiene un gusto raro, pero no es el momento de ponerse maniáticos, ¿verdad?

Phil estuvo de acuerdo.

Cuando la carne estuvo hecha, distribuyeron tres partes iguales. A Henri y a Georges el asado les pareció delicioso. Para Phil, fue otro cantar. Se reconoció al primer bocado.

–¡Ladrones! ¡Asquerosos ladrones! –Se subió febrilmente la pernera del pantalón–. ¡Asquerosos ladrones!

Quiso golpearlos, pero estaba demasiado débil. Cayó penosamente de cara sobre la nieve, y ahí permaneció sollozando. Georges y Henri se sintieron muy incómodos. Intentaron hacerlo entrar en razón.

–Sí, habría sido mejor avisarte, es verdad. De todos modos, no es cuestión de hacer un drama.

–¡Claro, para vosotros no es un drama! ¡A vosotros os da igual! ¡Ladrones, eso es lo que sois!

–Primero, no somos ladrones. Hemos hecho tres partes exactamente iguales. Tú has recibido tu parte como nosotros.

–¡Pero en mi caso no es lo mismo! ¡Alimentarme con mi propia pierna! Además, no me la podría comer nunca: ¡es inhumano!

–¡Inhumano, inhumano, eso se dice muy rápido! ¡Bien que sueles comerte las uñas!

Phil permaneció en silencio todo el día, con el pedazo de carne fría ante él, como un niño caprichoso que no se quiere tomar la sopa. Henri propuso que cediera su parte si no la quería, pero él rechazó indignado esa propuesta. Al final, por la noche, no fue capaz de resistir más. Convencido de que los otros no miraban, se lanzó sobre el pedazo de carne y lo devoró. Se durmió justo después, saciado y refunfuñando.

Al día siguiente hubo carne para almorzar; al otro, también. El fuego volvía a chisporrotear con alegría. Los tres hombres se pasaban el tiempo mirando hacia lo alto con la esperanza de ver los helicópteros de los equipos de res-

cate. Acertaron, en efecto, a distinguir dos o tres muy lejos, en dirección sur, pero no consiguieron atraer su atención.

La pierna empezaba a agotarse. Hubo que racionarla. Hicieron marcas en la piel. La porción diaria se delimitó con una línea de puntos. Tales precauciones no lograron impedir lo inevitable. Una noche –la operación siempre tenía lugar durante el sueño de Phil para no perturbar su sensibilidad–, una noche, pues, el dolor despertó a Phil. La parte congelada se había acabado.

El ayuno sucedió a la fugaz abundancia, sentida como más cruel aún y más insoportable por la cercanía del alimento. Henri, el más comilón, lloraba de sufrimiento. Sin embargo, no fue él sino Georges quien, un día, inquirió con tono inocente:

–Y ¿cómo estás de la otra pierna?

Phil se golpeó afectuosamente la extremidad en cuestión.

–¡De maravilla! No te preocupes, me la froto por la mañana y por la noche. Al menos me quedará esta.

La noche siguiente, Henri sorprendió a Georges apartando la manta que protegía la única extremidad inferior de Phil. A su pesar, no pudo evitar desear el éxito de la maniobra. Por la mañana, se las arregló para golpear la pierna al pasar junto a ella.

–¡Oh, perdona! ¿Te he hecho daño?

–No, no ha sido nada.

A partir de entonces, todas las noches, Georges destapaba la pierna de Phil y, todas las mañanas, Henri se las arreglaba para tantear su grado de insensibilidad. A veces Phil lanzaba un gritito de dolor, a veces parecía no darse cuenta de nada. Por supuesto, esa conducta extraña acabó por hacerlos recelar. Una noche decidieron aclarar el asunto de una vez por todas. Alzaron la pernera del pantalón. Profirieron sendas exclamaciones de despecho.

La segunda pierna estaba ya casi terminada.

¡El cerdo de Phil se la había comido a escondidas!

UN GRAN HOMBRE

Desde mi ventana solo veo un muro. De vez en cuando oigo gritos extraños, pequeños cloqueos guturales que parecen proceder de un lado que para mí está oculto. No veo nada. «Cuando el pueblo conoce a quienes lo gobiernan, deja de respetarlos».

Tengo una habitación completamente vacía. Blanca. Soy joven. No sé qué edad tengo, pero no creo que haya estado aquí desde hace mucho tiempo.

Por un pasillo desierto acudo a la instrucción. También ahí hay muros por todos lados, pero ya no estoy solo. Hay gente, no todos jóvenes, y oficiales instructores. Hay que decirles «señor oficial» cuando se les dirige la palabra, y solo hay que dirigirles la palabra cuando te preguntan; de otro modo, te castigan.

El castigo hace daño. Me castigaron una vez. Ya no recuerdo por qué, y está bien que sea así, porque si me acordara merecería otro correctivo. Me ataron a un poste contra el muro, con las manos atadas a la espalda, y me golpearon.

Ahora están otra vez castigando a uno. Lo conozco porque, al irse, toma el pasillo que está justo a la izquierda del mío. Como siempre, le han puesto una venda sobre las anteojeras y le han atado las muñecas. Miro, porque la escena tiene lugar en mi campo visual. Le golpean en los dedos. Se encarga el oficial, debe ser grave. Elige cuidadosamente el lugar antes de propinar golpes secos con una vara de metal negro. Miro. ¡Es así, pues! Por primera vez comprendo lo que me causó dolor. Me imaginaba al-